

los ingleses, rechazados por todas partes y aterrado por la magnitud de sus pérdidas, huyó en todas direcciones dejando en nuestro poder la fortaleza llena de muertos y heridos.

La victoria era grande, pero había costado cara, pues nuestras bajas fueron doscientos hombres muertos, heridos ó contusos, y las de los ingleses otro tanto. ¿Opondrían los demás fuertes igual resistencia? Esta idea no dejaba de inspirar algún cuidado. A las dos de la tarde, después de un corto descanso, los aliados se dirigieron al segundo fuerte de la orilla izquierda, distante del primero unos dos kilómetros y situado á orillas del mar, y contra lo que se esperaba, la artillería de la fortaleza permaneció muda, pudiendo los asaltantes acercarse, sin disparar un tiro, hasta el borde del foso. Todas las salidas estaban cerradas; en las murallas no había nadie y no se veía señal alguna ni de defensa ni de capitulación. Los aliados colocaron las escaleras y subieron á las murallas no sin desconfianza ni sin cierto temor de alguna sorpresa; pero apenas hubieron pasado el talud, ofrecióse ante sus ojos un espectáculo inaudito que les causó tanto asombro como alegría: en el interior de la fortaleza, tres mil tártaros, sin armas, apelotonados unos contra otros, y con el más vivo terror pintado en el semblante, pedían por signos que les perdonaran la vida. Los aliados no tuvieron más que un embarazo, el del número de prisioneros á los cuales no se podía fusilar, alimentar ni vigilar.

Todavía se alzaban los otros dos fuertes, en la orilla derecha del Pei-ho, intactos y bien armados; pero la misma buena suerte completó la victoria. Dos oficiales del Estado mayor, el comandante Campenón y el capitán de Cools, acompañados del mayor Ansón y de dos intérpretes ingleses, Mr. Parkes y Mr. Lookes, embarcáronse en un junco, atravesaron el río y fueron á intimar la rendición á los jefes enemigos. Unos y otros parlamentaron largo rato: los chinos consentían en dejar libre el paso del río, pero se negaban á entregar lo que los europeos no habían conquistado. En ciertas circunstancias la audacia es tan oportuna como peligrosa la suavidad; los representantes de los aliados, aconsejados hábilmente por el intérprete Parkes, mostráronse altivos hasta la arrogancia y sus amenazas acabaron de abatir á los chinos, desmoralizados ya por su reciente derrota, concertándose mucho antes de la noche un convenio por virtud del cual pasaban á nuestro poder todas las fortificaciones, sin excepción, con su material. Varias compañías de nuestra infantería de marina y de fusileros ingleses habían desembarcado ya en la orilla derecha y pocas horas después se posesionaban de los fuertes que los tártaros en desorden abandonaban. De esta suerte, al amanecer el 22 de agosto de 1860, el Pei-ho quedaba libre y reparado el fracaso de 1859.

#### IV

A sesenta kilómetros aguas arriba, alzabase á orillas del Pei-ho la importante ciudad de Tien-tsin que por medio de un canal se comunicaba con Pekín (1) y cuya ocupación había de ser la consagración y la recom-

(1) Para seguir el itinerario de los aliados véase el mapa intercalado en la pág. 390.

pensa de la victoria y seguramente también la paz, porque los chinos, aterrados por la toma de sus fuertes, querían á toda costa alejar de su capital á un enemigo tan funesto para su prestigio y para su imperio. Era preciso llegar cuanto antes á la gran ciudad; así lo comprendieron los ingleses, tanto que en su apresuramiento parecían haberse olvidado de que tenían aliados.

El 22 de agosto el almirante Hoppe, después de destruidos los diques, ancló delante de los fuertes conquistados, y al día siguiente, viendo que la marea era favorable, embarcó en el *Coromandel*, y acompañado de una pequeña división de cinco cañoneros, remontó el río sin avisar á las autoridades francesas y sin informarse de si encontraría algún obstáculo, habiendo la fortuna favorecido más de lo que merecía aquella precipitada carrera. Los habitantes de las aldeas ribereñas salían de sus viviendas y con la boca abierta contemplaban el paso de aquellos vapores; no se veía en parte alguna el menor signo de hostilidad. A cosa de las dos pasaron los expedicionarios por delante de los fuertes de Shwang-Keang, que estaban desiertos y desarmados, y á la caída de la tarde hicieron alto no lejos de Tien-tsin, recibiendo la visita de varias personas notables de la ciudad que iban, según decían, á prestar homenaje á los comandantes aliados. Interrogados por Mr. Parkes, el ya mencionado intérprete que por su conocimiento de las costumbres y de la lengua chinas tan importante papel había de desempeñar en aquella campaña, dieron aquellos chinos las noticias más tranquilizadoras, asegurando que no sería defendida ninguna de las fortificaciones recientemente dispuestas por Sang-ko-lin-sin, y añadiendo que éste había huído, que había pasado el día antes cerca de Tien-tsin acompañado de doscientos jinetes, y que, ocultando la vergüenza de su derrota, se había dirigido hacia el interior. En la mañana del 24 el almirante inglés entró en la ciudad, encontrando la población pacífica, casi favorable; y, satisfecho de encontrarse solo, arengó á las autoridades, publicó una alocución conciliadora y mandó izar en los edificios públicos la bandera de la reina y luego la francesa, de la que con gusto habría prescindido. En el entretanto, el almirante Charner, despedido porque se le habían adelantado, remontaba á su vez el Pei-ho tan de prisa como lo consentían las sinuosidades del río; pero, á pesar de sus esfuerzos, no pudo llegar sino algunas horas después que su colega. A los dos días llegó á Tien-tsin el grueso del cuerpo expedicionario, que acampó cerca de la ciudad, sin penetrar en ella. Era tal la tranquilidad que en ésta reinaba, que el intérprete Parkes pudo recorrer las calles solo y sin apreturas; los chinos habían alejado ú ocultado en sitio seguro á sus mujeres; pero todas las tiendas estaban abiertas. Un comité formado para avituallar al ejército chino se puso, con apacible indiferencia al servicio de los europeos, y los aldeanos de los alrededores prepararon solícitos los graneros y las granjas destinados al alojamiento de las tropas. De los muros fueron arrancadas las proclamas hostiles de Sang-ko-lin-sin, quedando sólo algunas, fechadas unos días antes, en las que se anunciaba que los bárbaros habían sido derrotados, que imploraban la paz y que los habitantes podían estar tranquilos. Y en efecto, lo estaban, pero bajo el pabellón de los aliados. ¿Quién se acordaba ya de Sang-ko-lin-sin? Pocos días después, uno de los altos

funcionarios chinos comunicó á Mr. Parkes, como testimonio de disposiciones favorables, un edicto imperial que privaba al general famoso «de su penacho de tres plumas de pavo real y le desposeía de su puesto honorario en la guardia y de su mando en jefe de la bandera azul mandchú.» «Era esto, según decía el decreto, un ligero castigo (1).»

De juzgar por las costumbres de Europa las del Celeste Imperio, hubiérase creído que la paz estaba muy próxima. En 22 de agosto el barón Gros había recibido á bordo del *Duchayla* un mensaje del virrey de Petchili, que hacía presentirla, y en el cual confesaba aquel funcionario, con una mezcla de ingenuidad y de bobería, la reciente derrota. «Habiéndose apoderado los ejércitos de vuestro imperio de los fuertes que servían para nuestra defensa, han demostrado con ello su gran habilidad en el arte de la guerra y nuestras tropas han tenido que darse por vencidas; es, pues, inútil proseguir la lucha (2).» El mensaje terminaba anunciando la llegada de un plenipotenciario enviado por la corte de Pekín para entablar negociaciones. El día 26 de agosto el barón Gros, á su llegada á Tien-tsin, supo el nombre del elevado emisario, Kwei-liang, ministro del imperio, y recibió la noticia con agrado, pues el rango elevado de Kwei-liang parecía una garantía de la sinceridad de los propósitos de negociar. Sabíase que aquel personaje había defendido siempre la política de la paz; además, no era un desconocido, puesto que había negociado el tratado de 1858, y en este concepto tendría sin duda gran empeño en dar carácter definitivo á la obra á la cual había unido ya su nombre. Sin embargo, el barón Gros, no fiándose de las apariencias, quiso ponerse en guardia contra la doblez tradicional de los chinos, á cual efecto, después de haber contestado á las indicaciones que le habían sido hechas, envió al consejo del imperio copia de su respuesta, ya que de este modo la corte de Pekín no podría alegar ignorancia ni hurtar el cuerpo. De todas las precauciones diplomáticas ninguna más prudente y justificada que esta (3).

En un principio todo parecía marchar perfectamente: el barón Gros, visiblemente ganoso de la paz, inclinaba á su colega inglés hacia la conciliación y en sus despachos al general Montaubán le exhortaba á que se abstuviera de todo rigor en los lugares ocupados, de toda demostración hostil contra la capital, y sobre todo de toda intervención en los asuntos interiores del país (4). Kwei-liang, que llegó á Tien-tsin el 31 de agosto, procuró á su vez emplear el lenguaje más tranquilizador, y manifestó que las recientes hostilidades sólo podían haber sido resultado de una mala inteligencia y que el conflicto parecía tan inverosímil que la gente casi se resistía á creer que fuese cierto. A poco más, afirma que los fusiles y los cañones se habían disparado por casualidad. Según él, era preciso borrar las huellas de aquella pesadilla y no solamente firmar un tratado, sino «sentar las bases de una paz eterna.» Los ministros de Francia y de

(1) Memoria de Mr. Parkes á lord Elgin, de 26 de agosto de 1860 (*Correspondence respecting the affairs in China*, págs. 126 á 128).

(2) *Correspondance et Journal* del barón Gros, pág. 44.

(3) Despachos del barón Gros, de 28 y 29 de agosto (*Correspondance et Journal*, págs. 51 y 53).

(4) Despacho del barón Gros al general Montaubán, de 39 de agosto (*Correspondance*, págs. 56 y 57).

Inglatera no pedían tanto; se contentaban con exigir la confirmación del tratado de Tien-tsin de 1858, excusadas por el ultraje inferido á nuestra bandera en la desembocadura del Pei-ho, y, por añadidura, una indemnización de guerra. Las ratificaciones deberían cambiarse en Pekín, adonde podrían dirigirse los embajadores con toda la pompa digna de su rango y de su país. Kwei-liang accedió á todo con la más laudable solicitud y apenas discutió débilmente la cifra de la indemnización y formuló algunas objeciones acerca de la importancia del contingente de tropas que había de acompañar á Pekín á los embajadores. Después de una ligera discusión determinóse que la escolta de lord Elgin sería de mil hombres y de otros tantos la del barón Gros, que de buena gana se habría contentado con un séquito más modesto. En el entretanto, había circulado por los campamentos la noticia de las negociaciones y la perspectiva fantástica de la entrada en Pekín traía exaltado á todo el ejército; todos deseaban formar parte de la escolta de honor, y los dos intérpretes francés é inglés, Sres. Parkes y Meritens, se disponían ya á partir para la capital á fin de buscar alojamiento y preparar la recepción.

Pero, tratándose de chinos, si no quiere decir sí, y no tampoco quiere decir no: fecundos en astucias refinadas al par que transparentes, pícaros redomados so capa de ingenuos, son maestros en el arte de desconcertar á sus enemigos, ora con su tranquila desvergüenza, ora con sus obsequios, y nadie como ellos sabe, cuando han perdido una partida, persuadir á los demás y persuadirse á sí mismos de que no la han empeñado. Todo favorece sus bellaquerías, así la serenidad con que unos á otros se desmienten, como las largas distancias que permiten que los despachos se crucen ó se extravíen, como las dificultades del idioma que dejan completa latitud para recusar á los intérpretes ó para alegar que no se han entendido. Y esta doblez se ejerce de dos maneras, con el enemigo engañándole, y con el soberano no dejándole sospechar que no ha triunfado. Vamos ahora á ver puesta en práctica esa diplomacia sólo manejable por la fuerza brutal hasta convertirse entonces en rastrera.

El día 6 de septiembre, el barón Gros acababa de cerrar un despacho en que anunciaba al general Montaubán la conclusión definitiva de la paz cuando, á hora muy avanzada de la noche, llegó á su noticia un rumor apenas creíble, cual era el de que Kwei-liang, aquel negociador de tan alto rango, no tenía los plenos poderes de que se había jactado para negociar, habiéndoselo confesado así, según se decía, á Mr. Parkes. A la mañana siguiente, uno de los secretarios de la embajada, el Sr. de Bastard, acompañado del Sr. de Meritens y de un sacerdote, el padre Delamarre, fué á visitar al ministro chino, produciéndose entonces una escena de supercherías muy burda al par que muy atrevida. Kwei-liang intentó primeramente fingirse ausente ó invisible, y cuando se presentó, aparentaba una debilidad extrema y un estado de enfermedad que habían de hacerle muy penosos los largos interrogatorios; mas habiendo, á pesar de ello, insistido los delegados, ingenióse para no contestarles, procuró desviar la conversación, y cuando ya no le fué posible eludir las preguntas, invocó nuevamente su fatiga y su edad avanzada y pareció que le

daba un síncope. «Ha sido una verdadera comedia,» decía indignado, al salir, el Sr. de Bastard. Al fin, Kwei-liang, acorralado, confesó que tenía el sello imperial, pero no los plenos poderes, que, por otra parte, iba á pedir á Pekín; y recobrando todo su aplomo, añadió que no dudaba de que se los enviarían en el acto.

De manera que todas las negociaciones no habían si-

treinta leguas más allá de Tien-tsin y distante de Pekín cuatro ó cinco, y decididos á no escuchar nuevas proposiciones hasta llegar á aquella población. Ingleses y franceses salieron sin tardanza de su campamento, quedándose, empero, provisionalmente en Tien-tsin la brigada Collineau y la división inglesa Napier, con lo que el cuerpo expedicionario resultó disminuído en más de



Ejército chino. — Arqueros

do más que una añagaza. Fácil es suponer la cólera que se apoderaría de Mr. Elgin; no menos iritado se sintió el bondadoso barón Gros, el cual, celoso como era de la dignidad de su patria, dió al seudo plenipotenciario la contestación que merecía. Comenzábase á descubrir la táctica de los chinos, que consistía en ganar tiempo y en dejar que llegara el invierno, tan brusco y riguroso en aquellas regiones como abrumador es el verano. ¿Qué sería entonces de aquel puñado de hombres perdido en el inmenso imperio? Los jefes aliados, indignados con razón, orientados á medias aunque no lo suficiente para comprender toda la verdad, resolvieron salvar una nueva etapa en su camino hacia la capital, avanzando hasta Tung-chao, gran ciudad situada á unas

la mitad. Con las tropas iban los dos embajadores: lord Elgin, á caballo, ardiente, activo, tan resuelto como los mismos soldados; el barón Gros, conducido en palanquín, algo sorprendido de la aventura y sobre todo asustado de una campaña tan poco compatible con su edad. El 11 de septiembre, el pequeño ejército estableció su vivaque en Puchao, y allí comenzó una nueva comedia china, representada con increíble audacia. Aquel mediodía, el barón Gros, que, presa de la melancolía, descansaba en una pagoda «adornada con abominables ídolos,» según sus propias palabras, vió comparecer á un «pequeño mandarín de glóbulo azul» que le entregó un mensaje en chino, firmado por dos de los personajes más importantes del imperio, el príncipe Tsai, indivi-

duo de la familia imperial y edecán del emperador, y Muh, miembro del gran consejo y presidente del departamento de la guerra, quienes en el tono más natural y sin el menor embarazo, desautorizaron á Kwei-liang, diciendo de él que era viejo, que no había sabido ajustarse á las intenciones del emperador y había dado lugar á mil dificultades.» Los nuevos plenipotenciarios añadían en las formas más insinuantes: «Puesto que estamos de acuerdo y que todas las cláusulas exigidas por vuestro noble imperio han sido concedidas, ¿á qué llegar hasta Tung-chao? Será para vosotros una gran fatiga la ida y otra no menor la vuelta; además, este movimiento podría sugerir algún recelo y alguna inquietud al ejército y al pueblo. Regresen, pues, Vuestras Excelencias á Tien-tsin y allí trataremos (1).» El barón Gros, fiel á sus recientes resoluciones, replicó que no se negaba á entrar en negociaciones, pero que había de ser en Tung-chao, é igual respuesta dió lord Elgín. A los dos días los expedicionarios reanudaron el viaje internándose cada vez más en la región inexplorada; y aunque ningún hecho directo revelara la próxima reproducción de las hostilidades, ciertos signos desfavorables habrían podido despertar algunas sospechas. Una noche, y á favor de una tempestad, los culíes chinos, alquilados para llevar nuestros equipajes, habían huído casi todos, llevándose los animales de tiro, lo que nos habría puesto en grave aprieto de no haber sido requisados para los transportes los juncos amarrados á orillas del Pei-ho; los habitantes se retiraban antes de que llegáramos á las aldeas, que encontrábamos desiertas; y á la abundancia de Tien-tsin sucedían verdaderas dificultades para los aprovisionamientos. Finalmente, de Pekín llegaron emisarios secretos que anunciaron que en la capital ganaba terreno el partido de la guerra.

El día 13 acamparon los aliados en Yang-tsin, recibiendo los embajadores poco antes de llegar allí un nuevo despacho de los comisionados chinos, en el que éstos desautorizaban nuevamente á Kwei-liang y añadían: «Nosotros, que no nos parecemos á él, no faltaremos á nuestra palabra.» Y después de hablar, como aquél, de paz y de amistad, pedían que el ejército retrocediera á Tien-tsin. El sistema seguía siendo el mismo: alejarnos de Pekín, entretenernos con negociaciones interminables y esperar confiadamente á que llegara el invierno. Una sola frase amenazadora contrastaba con el resto obsequioso del mensaje: «Si Vuestra Excelencia quiere avanzar con su ejército, demostrará con ello que sus intenciones no son pacíficas, de suerte que, en caso de surgir algún conflicto entre vuestras tropas y las guarniciones que hay en los alrededores de Hosihtú, ello sería causa de grandes obstáculos para una próxima inteligencia; y este conflicto no podemos comprometernos á evitarlo (2).»

A este segundo despacho se contestó con una segunda negativa; pero los chinos son sutiles y tenaces. En Hosihtú, un mandarín de alto rango, llamado Lane, visitó á lord Elgín y luego al barón Gros, y poco después llegaron otros tres mandarines con una tercera carta de Tsai y Muh, escrita en el mismo tono humilde de las

(1) Despacho de Tsai, de 10 de septiembre. (Véase *Correspondance* del barón Gros, págs. 74 y 76).

(2) Despacho de Tsai, de 11 de septiembre (*Correspondance* del barón Gros, pág. 78).

anteriores, pero con una amenaza que, repetida dos veces, no dejaba de ser alarmante: «Debemos decirnos que las tropas chinas de guarnición al Norte de Hosihtú no obedecen más que á sus jefes militares y que no tenemos ninguna autoridad sobre ellas... Por esto tememos que se produzca inevitablemente un conflicto entre vuestros soldados y los nuestros, lo que tal vez haría inútil nuestro vivo deseo de restablecer la paz. ¿Y no sería esto lamentable?» Para evitar este incidente «lamentable» ya no insistían los plenipotenciarios en la retirada á Tien-tsin, sino que sometían á sus adversarios un nuevo arreglo consistente en que los aliados, suspendiendo su marcha, se detuvieran á dos etapas de Tung-chao y desde allí enviaran á esta ciudad delegados que conferenciarían con los negociadores chinos, firmándose la paz y no faltando sino ratificarla en Pekín. El mensaje terminaba con toda suerte de tranquilizadoras protestas: «Damos nuestro asentimiento, decían Tsai y su colega, á todos los artículos del convenio... Deseamos ardentemente que después de tantas pruebas de buena voluntad no nos veamos defraudados en nuestro deseo de firmar la paz y nos complacemos en creer que de los mismos deseos se halla animada Vuestra Excelencia (3).» ¿Qué contestar á estas reiteradas insinuaciones? Los aliados, sea por estar cansados ya de sus propias negativas, sea porque desearan llegar pronto á un desenlace, se dejaron convencer poco á poco, y después de nuevas negociaciones, convínose en que los dos pequeños ejércitos europeos dejarían su vivaque de Hosihtú y se detendrían cerca de la antigua ciudad de Tchang kia-urang, ocho kilómetros antes de Tung-chao, y en que los agentes inglés y francés irían á esta última ciudad para preparar el tratado de paz que podría ser firmado (así al menos se creía) por los embajadores y ratificado en Pekín. A esta combinación, aceptada por lord Elgín y el barón Gros, adhirióse, aunque con poca confianza, Montaubán, á quien nada se le había escapado, ni la fuga de los culíes, ni la huída de las poblaciones, ni las alusiones equívocas de las autoridades chinas á esas tropas tártaras que acampaban en las inmediaciones y á las cuales sería imposible contener. Ya en 13 de septiembre había Montaubán enviado á Tien-tsin un mensajero de toda confianza para decir al general Collineau que se le uniera, no con toda su brigada, pero sí con algunas tropas. Estas sospechas eran prueba de talento, pues se acercaba el fin del drama repugnante y terrible á la vez que ha dejado en todos los sobrevivientes de la expedición un recuerdo no borrado todavía.

## V

El 17 de septiembre partieron de Hosihtú para Tung-chao los delegados de los dos embajadores, que eran, por parte de los franceses, el Sr. Bastard, secretario de embajada, acompañado de dos intérpretes, el Sr. de Meritens y el padre Duluc; y por parte de los ingleses, el Sr. Parkes, á quien acompañaban el secretario particular de lord Elgín, el Sr. Loch, y un agregado, el Sr. Norman. A estos emisarios, encargados de las negociaciones diplomáticas, habíanse unido varios oficiales y empleados

(3) Despacho de Tsai, de 13 de septiembre (*Correspondance* del barón Gros, págs. 81 y 82).

administrativos, el coronel inglés Walker, el teniente coronel Foulón-Grandchamps, el capitán Chanoine, el subintendente militar Dubut y los agentes contadores Ader y Gagey, designados los unos á determinar, de acuerdo con las autoridades chinas, el sitio en donde podrían establecerse los campamentos, durante las negociaciones, y encargados los otros de asegurar el aprovisionamiento del ejército, mediante contratos concertados con los indígenas. Formaban también parte del pequeño grupo expedicionario algunas otras personas, entre ellas el Sr. de Escayrac de Lauture, jefe de una misión científica, el teniente inglés Anderson y el señor Bowlby, corresponsal de *Times*. Completaba la caravana una pequeña escolta de 30 soldados, porque, tratándose de chinos, la bandera de parlamento deja siempre algunas dudas y la misma insistencia de nuestros adversarios en habérselas únicamente con negociadores con armas demostraba la necesidad de no estar nunca completamente desarmados.

Los ingleses abandonaron el campamento mucho antes de que amaneciese, y los franceses á las cinco de la madrugada. La distancia entre Hosihtú y Tung-chao es de unas once leguas. Cerca de Tchang-kia-urang, la pequeña caravana británica encontró un cuerpo de caballería tártara, cuyo jefe se adelantó á saludar á los expedicionarios y les felicitó con aparente cordialidad por la paz próxima: «Olvídemos, dijo, que hayamos sido enemigos y seamos amigos en adelante.» Pero el señor de Escayrac, que pasó por el mismo camino un poco más tarde, vió algunos grupos hostiles. Además, al acercarse á Tung-chao, observaron los viajeros que en muchos riachuelos los puentes estaban cortados, lo cual parecía indicar el propósito de una tenaz defensa más que el deseo de entablar negociaciones; sin embargo, no hicieron caso de estos indicios, que posteriormente fueron recordados, pues esperaban de los chinos toda clase de supercherías y de astucias, mas no una emboscada (1).

A las diez y media entraban los ingleses en Tung-chao, y casi inmediatamente fué el Sr. Parkes recibido por el príncipe Tsai, á quien acompañaban dos comisionados adjuntos, Muh y Hang-ki. Parkes, á diferencia de la mayoría de los europeos, conocía á fondo á sus adversarios y en pocas palabras concluyentes y significativas exponía sus malévolas astucias, lo cual constituía á la vez su fuerza y su debilidad: su fuerza, porque se le temía; su debilidad, porque, á fuerza de temerle, los chinos huían de él, nada le confiaban y antes que responderle fingían ser sordos ó no comprender su acento. Parkes pudo distinguir entre los comisionados una cara conocida, la de Hang-ki, á quien había visto en otro tiempo en Cantón. El príncipe Tsai le pareció un personaje de modales del gran mundo, pero de mirada perversa y engañadora; en cuanto á Muh, parecía dulce, casi empalagoso, inteligente como lo son muchos chinos, astuto como lo son todos. El recibimiento fué cortés, pero muy pronto se acaloró la discusión, que versó sobre tres puntos: el movimiento de retirada del ejército que, según los chinos, debía emprenderse en cuanto

(1) Véase el Informe del Sr. Parkes á lord Elgín, de 20 de octubre de 1860 (*Correspondance respecting the affairs in China*, págs. 226 y 227). — Relato del Sr. de Escayrac de Lauture (*Moniteur*, de 31 de diciembre de 1860).

se firmara el tratado; el número de individuos que formarían la escolta encargada de acompañar á Pekín á lord Elgín y al barón Gros; y, por último, la pretensión de los embajadores, que querían ser recibidos en audiencia particular por el emperador y consagrar la igualdad entre el Hijo del Cielo y las potencias de Occidente. Respecto de los dos primeros puntos Tsai se mostraba conciliador; mas acerca del tercero mostró una repugnancia extremada á toda concesión, lo cual hizo que el Sr. Parkes le replicara con viveza y hasta con acritud, al decir de los chinos, quienes, en lo sucesivo, trataron de disculpar con esto su conducta. En este punto se encontraba la discusión cuando se presentó el Sr. Bastard, quien había salido un poco más tarde y llegaba por ende algo retrasado. Tsai le recibió con la cortesía altanera que parecía ser natural en él, reanudó con él la conferencia y al fin cedió. Cuando ya parecía que todos estaban de acuerdo, el Sr. Bastard, fiel á las recomendaciones del barón Gros, que se acordaba de Kwei-liang, preguntó á Tsai: «¿Tenéis plenos poderes para negociar?» El príncipe, al oír esto, aparentó darse por ofendido y dijo varias veces: «Mi lenguaje es sincero y mi palabra vale tanto como la del emperador.» Pero se suavizó muy pronto y entonces se volvió á leer y á discutir el tratado preparado en Tien-tsin, que fué aceptado con todas sus condiciones: los ejércitos aliados se detendrían en Tchang-kia-urang, en posiciones que se determinarían al día siguiente, y después los embajadores irían á Pekín para las ratificaciones. Convenido esto, separáronse los negociadores aparentemente en la mejor armonía. «No pude creer, escribía más adelante el Sr. Parkes, que no fuese sincera la satisfacción expresada por los comisionados chinos cuando les hablé de la paz (2).» Por la noche recibieron los delegados en su alojamiento un despacho de Tsai que confirmaba los resultados de la entrevista y hacía constar nuevamente el acuerdo.

Todo parecía, pues, otra vez terminado; así es que el 18, mucho antes de que amaneciera, el Sr. Parkes, acompañado del Sr. Loch, montó á caballo para reunirse con las tropas inglesas, y poco después salió también de Tung-chao el Sr. de Bastard, en compañía del Sr. de Meritens. Al propio tiempo partieron el coronel inglés Walker y el capitán Chanoine, encargados de señalar, de acuerdo con las autoridades chinas, las posiciones que debían ocupar los aliados. Cuando los expedicionarios llegaron al lugar designado para sus campamentos, ofrecióse á sus ojos un espectáculo inesperado: en los mismos sitios destinados á nuestros vivaques extendíase hasta perderse de vista el ejército tártaro con su caballería y sus cañones en buen orden, como dispuestos para una batalla inminente. Al ver esto, los europeos estupefactos recordaron todos los pequeños incidentes que el día antes debieran haberles puesto sobre aviso. El Sr. Parkes interrogó con ansiedad á los jefes tártaros, pero no obtuvo de ellos más que respuestas evasivas; entonces, sospechando la traición, aunque sin creer todavía en ella, volvióse al Sr. Loch y le dijo: «Avisad á

(2) Informe del Sr. Parkes á lord Elgín, de 20 de octubre de 1860 (*Correspondance respecting the affairs in China*, pág. 228). — Véase también el Informe del Sr. Bastard al barón Gros, de 18 de septiembre de 1860 (*Documents parlementaires*, páginas 247 y 249).